

el sacrificio del Hombre-Dios. Sus votos, sus reglas, sus observancias, proveen á cada uno de ellos de mil medios eficacísimos de cumplir perfectamente esta gran misión, según la medida de la gracia, que á este fin se le distribuye largamente cada día.

Hasta su vestido les predica el sacrificio, recordándoles sin cesar que no son del mundo, sino que se pertenecen por entero á Jesucristo. Así es como los fundadores han comprendido su instituto. En la fórmula abreviada de las constituciones de su orden, uno de ellos declara formalmente que todos sus religiosos deben ser hombres crucificados en el mundo y para quienes el mundo está crucificado: *Homines mundo crucifixos, et quibus mundus sit crucifixus.*

Causa asombro que el religioso, con todos estos medios que corresponden fielmente á la gracia de su vocación, sea, en circunstancias iguales, ordinariamente más apto para secundar los designios misericordiosos del Señor, en este camino del sacrificio, donde todos los religiosos deben llevar su cruz detrás de El.

Añadiremos, para completar este capítulo, que cada instituto religioso, según el fin especial que se propone, y según la mayor ó menor austeridad de la regla, participa en una medida más ó menos larga de la unión expiatoria del Hombre-Dios, bajo su título y función de víctima, por la salvación del mundo. Existen, en efecto, corporaciones religiosas, cuyo fin especial es el ejercicio del ministerio evangélico cerca de los pueblos, tales como la educación de la juventud, el cuidado de los enfermos.... Otras se entregan de una manera más especial á la práctica asidua de la oración, de las austeridades y de la más severa penitencia. Cada uno de ellas encuentra en el ejercicio de estas penosas funciones, en el cumplimiento fiel de los votos, de las reglas y observancias, materia de sacrificios más ó menos numerosos, y, por consiguiente, una participación más ó menos grande en el sacrificio de Jesucristo y en su cualidad de víctima. En fin, si

se encuentra algún instituto que hace profesión particular y voto especial de inmolarsé y de sufrir por la salvación de las almas, si los religiosos de este instituto son fieles á su vocación, llevan hasta un alto grado delante de Dios el título de víctima, y cumplen, en larga medida, su parte de sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salud de los pueblos.

Concluimos diciendo que la vocación de los religiosos y religiosas, sea cualquiera el orden á que pertenezcan, es una vocación excelente, toda divina, puesto que los asocia tan íntimamente á Jesucristo, en el ejercicio mismo de su sangriento sacrificio; es decir, de su inmólación en el calvario por la salud del género humano. Concluimos diciendo, en fin, que cuanto más insigne sea su vocación, deben aportar más fidelidad y corresponder á ella con una vida muy pura, muy mortificada, profundamente humilde, y con grande amor á la cruz. Cuanto son más preciosos los dones que Dios concede á un alma, más rigurosa será la cuenta que deberá rendir ella al Soberano Juez. Que la excelencia de los favores, de que nos ha colmado en la vida religiosa la infinita liberalidad de nuestro Padre celestial, no nos haga jamás olvidar esta grave máxima de San Gregorio, ni sobre todo, el oráculo de nuestro Señor mismo, del cual esta máxima no es más que la aplicación: «Se pedirá más á aquel á quien se haya dado más»: *Cui plus datum est plus repetetur ab eo.*

CAPÍTULO XIX.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS PURAMENTE CONTEMPLATIVAS.

Si el Apostolado del sufrimiento debe honrarse en las casas religiosas, en general, con mayor razón debe serlo en aquellas donde se hace profesión especial, y en alguna manera exclusiva, de orar y

sufrir por la gloria de Dios y la salvación de las almas; quiérese decir, en las corporaciones religiosas dedicadas á los ejercicios de la vida contemplativa, tales como los Trapenses, los Carmelitas, las Clarisas, las religiosas del Corazón Agonizante de Jesús, etc. Pero tomemos las cosas desde un poco más alto, á fin de hacer comprender los inmensos servicios que estas corporaciones están llamadas á prestar á la Iglesia y á las almas con sus oraciones y sacrificios, unidos á las oraciones y á los sufrimientos de Jesucristo.

El espíritu moderno, que es eminentemente anticatólico, antisobrenatural, y antidivino, persigue con su desprecio y con su odio á todas las órdenes religiosas; pero más que á ninguna, á las que se dedican especialmente á los ejercicios de la vida contemplativa. A todo precio quiere desembarazarse de ellas, como de una superfetación inútil. ¡Ay! También entre ciertos católicos se encuentra quien, impregnándose de estas funestas prevenciones, se permite decir: «¿Para qué las órdenes religiosas? ¿Para qué, sobre todo, los claustros donde se encierran para llevar una vida inútil, en un siglo donde todos los brazos deben estar libres para la acción, donde hay tantos enfermos que visitar, tantos pobres que consolar, tantos malos cristianos que convertir, y tantos infieles que evangelizar? ¡Ay! sin duda dices verdad; hay mucho que hacer en torno de nosotros, en favor de las almas y de los cuerpos; y es una razón de más para que no se descuide ningún medio, á fin de venir en ayuda de las innumerables necesidades de este siglo, donde las almas se pervierten y se pierden cada día, con una facilidad horrible. Ahora bien: ¿quién dudará, sin renunciar al principio más elemental de la fe, que uno de los más poderosos medios para llegar á Dios y para conducir á El á los demás, es la *oración y el sacrificio*? Nuestro divino Redentor no separó jamás estas dos grandes cosas.

No solamente estuvo siempre en ejercicio de predicación, sino en ejercicio de oración y de sacrificio, por la salud del género humano. Siempre

orando, realizó en su persona el precepto emanado de sus labios divinos: «Es preciso orar siempre, y no cesar nunca». *Oportet semper orare, et non desistere*. Siempre víctima, cumplió en su persona la figura del sacrificio perpetuo, en uso entre los Hebreos, que era el símbolo del perpetuo holocausto que él mismo debía ofrecer á su Padre por nuestra redención.

La vida mortal de Jesucristo sobre la tierra fué, como ya hemos dicho, conforme con el piadoso autor de la *Imitación, una cruz y un martirio continuos*. Esta es también la opinión de San Agustín, cuando dice: «Jesucristo no esperó á los últimos instantes de su vida para empezar la obra de nuestra reparación: la comenzó desde su cuna». Y la razón que da el santo Doctor es un testimonio más en favor del Apostolado del sufrimiento. «No convenía, añade, que el Salvador del mundo permaneciera un solo momento sin llenar sus funciones». Por su parte, San Pablo nos enseña que para merecer este título y atraer sobre los hombres culpables la gracia del perdón, el Hijo de Dios debió sufrir. Por esta razón dice también el mismo Apóstol que cuando vino al mundo Jesucristo hizo á su Padre el sacrificio entero de sí mismo diciéndole: «Padre mío, puesto que la sangre de los cabritos y de los toros, vertida por los pecados de los hombres, no es capaz de satisfacer á vuestra justicia, heme aquí, inmoladme.» *Ecce venio*.

Así, de los treinta y tres años de su vida mortal, Jesucristo consagró *tres á predicar* su evangelio, y *treinta y tres*, es decir, *toda su vida á orar y á sufrir* para salvarnos. ¿Se atreverá nadie á decir que habría hecho mejor empleando esos treinta y tres años en los ejercicios de la vida activa, visto que entonces, todavía más que hoy, había pobres que consolar, esclavos que libertar, y paganos sin número, que convertir? Sabio, con una sabiduría que no es como la de los pretendidos sabios del siglo, juzgó más á propósito obrar de otra manera, y el mundo se salvó.

Después de su muerte, el divino Redentor, fiel

á su primer plan, no empleará otro método para hacer la aplicación de los méritos de su sangre á los hombres, que el que siguió para rescatarlos. Y es preciso que la Iglesia, encargada de perpetuar su Apostolado divino, y de recoger sus frutos, los produzca en proporciones análogas al triple elemento que él empleó en la obra de nuestra regeneración, á saber: *la oración, la enseñanza y la sangre derramada.*

Por esto la Iglesia, fiel al ejemplo de su divino autor y entregándose con infatigable perseverancia á enseñar á los pueblos con la predicación del Evangelio, concede á la oración y al sacrificio por la salvación de las almas, la más larga parte. Y en tanto que El esté en ella, cumplirá el precepto de la oración continua y del sacrificio perpetuo, por el ofrecimiento cotidiano del santo sacrificio de la Misa, que es á la vez un holocausto y una oración, presentados todos los días por millares de sacerdotes sin interrupción alguna. En efecto, á todas horas del día y de la noche hay altares levantados sobre mil puntos del globo, delante de los cuales los sacerdotes oran; y sobre estos altares, la santa víctima que ruega y que se inmola, es decir, que se eleva en la cruz y muere místicamente, derrama entre las manos de estos sacerdotes su sangre sobre el pueblo, la sangre que grita más alto que la de Abel. Y nótese que así como Jesucristo, jefe divino de la Iglesia, quiere que sus miembros, es decir, los cristianos, perpetúen con él su vida de oración, uniéndose á sus súplicas eucarísticas, así quiere que estos mismos cristianos continúen su vida de sufrimiento, y, por consiguiente, su sacrificio, uniendo El su sacrificio á los suyos, y vivificándolos en su sacrificio eucarístico. Así es como todos los días, y en todos los instantes del día, el Hijo de Dios da á su Iglesia la señal de la oración continua y del sacrificio perpetuo, asociándose á la oración y al sacrificio de sus ministros y de sus hijos.

De aquí que cuando el sacerdote católico sube al altar para ofrecer á Dios Padre la sangre y la oración

del Cordero, antes de ofrecer la santa víctima debe orar, y después de haberla ofrecido, ora todavía; y el simple fiel que asiste al santo sacrificio debe, por su parte, orar con el sacerdote, que ora en Jesucristo y por Jesucristo. De tal suerte, que la santa Misa es á la vez el sacrificio por excelencia y la oración por excelencia de Jesucristo, y en El y por El de su Iglesia, de sus sacerdotes, de sus fieles, y de sus hijos.

No hablamos de otras funciones del culto público ó privado, las cuales son como la ampliación de la oración eucarística, á la cual vienen á unirse como á su centro, y de la cual se destacan todas, permaneciendo unidas, como los rayos del sol.

De esta consideración se infiere: primero, que á los ojos de Jesucristo y de su Iglesia la oración entra y debe entrar, por una larguísima parte, en la regeneración del Cristiano y en la conservación y desarrollo de su vida sobrenatural. Segundo, que las corporaciones religiosas, que hacen de la oración una profesión especial, y en las que se la consagra cada día un tiempo relativamente considerable, son instituciones perfectamente en armonía con el plan de regeneración que Jesucristo mismo ha trazado y realizado. Tercero, que no se ha de esperar menos para el bien de la Iglesia y la salvación de las almas de estas instituciones, en que se hace profesión especial de *orar*, que de aquellas en que se hace profesión especial de *obrar*.

A esta consideración se agrega otra, digna también de fijar vuestra atención, queridos hermanos, y es, que nuestro Señor quiere que sus miembros, no sólo perpetúen su oración á través de los siglos, orando ellos mismos á su vez con El, sino que continúen, y, como dice San Pablo, acaben su pasión, sufriendo realmente con El. Así, no es bastante que los fieles se asocien á los sufrimientos de Jesucristo de la manera que acabamos de decir, esto es, asistiendo al sacrificio no sangriento de la Eucaristía, uniéndose á sus fines, y aplicándose su virtud. Si se sujetan á esta participación, ¿podría decirse que perpetúan en su persona, con sus rea-

les y propios sufrimientos, la pasión del Hombre-Dios? Ya se ha dicho que con sus sufrimientos personales, padecidos en unión con Jesucristo, deben perpetuar y acabar el sacrificio sangriento.

Ahora bien, preguntamos: esta intención del divino Maestro, de perpetuar su vida doliente en sus miembros, ¿no se ve frustrada en el mayor número de casos, sobre todo, cuando se trata de sufrir por la salvación de los demás? Suprimid el número ¡ay! tan grande de los cristianos en pecado mortal, en quienes nuestro Señor no perpetúa su sacrificio, puesto que en tanto que permanecen en ese estado no son sus miembros vivos. Suprimid, en seguida, esa masa de cristianos que, sin estar en pecado mortal, no aceptan el sufrimiento más que por que no pueden evitarlo, es decir, por fuerza, y sin ninguna intención sobrenatural. ¿Qué resta? Dos clases de fieles, miembros vivos de Jesucristo, que perpetúan, al menos para ellos mismos, el sacrificio de su divina Cabeza. La primera, la de los cristianos animados de un verdadero espíritu de fe, que aceptan en el mundo con resignación y paciencia los sufrimientos que Dios les envía; pero sin elevarse ordinariamente á los sentimientos más generosos de las almas santas y fervorosas que sufren, no sólo con sumisión, sino con abnegación, por agradar á Dios y á su amable Hijo Jesús. Ahora bien; es evidente que nuestro Salvador, perpetuando sus sacrificios en esta clase de cristianos, no lo consigue más que de una manera imperfecta, por que esta clase de cristianos no piensan en utilizar sus sufrimientos por los demás, es decir, en soportarlos con una intención apostólica, para obtener gracias de conversión y de salvación.

La segunda clase es la de los cristianos fervorosos, que en el mundo ó en cualquiera parte, arden con el fuego de la divina Caridad, y no se contentan con sufrir, con un sentimiento de resignación por ellos mismos, sino que, elevándose hasta el motivo del amor y del sacrificio más puro, se estiman dichosos como los apóstoles, en sufrir y en ser humillados por el santo nombre de Jesús y

para ganarle almas. Tal fué San Pablo, ardiente discípulo de la cruz, que, bajo la acción del fuego divino que consumía su alma, exclamaba: «Lejos de mí glorificarme en otra cosa que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo»: *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi.* ¡San Pablo, que había consentido voluntariamente, por salvar á sus hermanos, en ser anatematizado por ellos! *Cupiebam anathema esse a fratribus meis.*

Tales fueron los santos de todos los siglos, quienes marchando sobre las huellas del gran Apóstol, suspiraban de todo corazón por la cruz y por las humillaciones del Salvador. Tal es todavía el corto número de almas generosas, que inspirándose en los nobles sentimientos que animaron en todos los tiempos á los verdaderos amigos de Dios, cifran su alegría en sufrir y ser humilladas en Jesucristo y por Jesucristo, juzgándose demasiado dichosos de poder á este precio ganarle otras.

Pero, ¿no piensas tú como nosotros, piadoso lector, que el número de estas almas fervorosas es relativamente bien pequeño? ¿Qué hará el Señor Jesús para llenar esta laguna y perpetuar dignamente, según sus designios, sus sacrificios sangrientos? Helo aquí: El sacará de la masa común de los cristianos dos categorías de fieles, miembros vivos suyos, para convertirlos de una manera particular, en continuadores de sus sacrificios: queremos hablar de los sacerdotes y de los religiosos, los cuales, por la obligación en que están de llevar una vida más santa, más mortificada, más apartada de los placeres del mundo, se hallan en condiciones más favorables para perpetuar, como conviene, la vida de sufrimientos y sacrificios del Salvador. Principalmente á los religiosos se ha confiado esta misión, y entre estos últimos, más especialmente á aquellos cuyo instituto tiene un carácter particular de penitencia y de sacrificio.

No repetiremos aquí ya lo que hemos dicho acerca del Apostolado del sufrimiento entre los sacerdotes, y de los motivos poderosos que tienen

para ejercerle. Nos contentaremos con señalar una diferencia, que bajo el punto de vista que nos ocupa, existe entre ellos y los religiosos, de la que resulta, que es finalmente á estos últimos á quienes, de una manera oficial y directa, ha sido confiada por el Hombre-Dios la misión de perpetuar en su persona su sacrificio sangriento por la salvación de las almas; lo mismo que oficial y directamente ha sido confiada á los sacerdotes la misión de perpetuar su sacrificio no sangriento, en el altar eucarístico.

En efecto, la primera y esencial función del sacerdote es la de *sacrificador*, y, por consiguiente, por este título es llamado más particularmente que el simple fiel á asociarse por una vida más santa y más mortificada á los sufrimientos y al sacrificio sangriento de Jesucristo. Pero no es llamado por tantos títulos como el religioso, y de aquí, que la vida del sacerdote no esté sometida como la del último á las observancias, privaciones, penitencias y austeridades que hacen de la vida de los religiosos un perpetuo sacrificio. El sacerdote no ha hecho como el religioso voto de pobreza; y puede, por consiguiente, gozar legítimamente de lo que posee y procurarse, con tal de permanecer dentro de los límites de su deber y de su dignidad, ciertas satisfacciones que no se permiten á los religiosos. El sacerdote ha prometido obediencia á su Obispo; pero comparada con el voto de obediencia que pronuncia el religioso, en virtud del cual se obliga á una perpetua abnegación de sí mismo en cosas frecuentemente difíciles, esta promesa es muy dulce y de fácil ejecución.

Lo que acabamos de decir basta para que se comprenda que si el sacerdote, por razón de la naturaleza de sus funciones y del sagrado carácter de que está revestido, debe perpetuar en sí mismo de una manera más perfecta que el simple fiel la vida doliente del Salvador, el religioso tiene obligación, por razón de sus votos, de perpetuarla de una manera más perfecta que el sacerdote. A él se le ha conferido oficial y solemnemente el título y

la función de *víctima*: como al sacerdote, en virtud de la santa ordenación, se le ha conferido oficial y solemnemente el título y la función de *sacrificador*.

Sin embargo, entre los religiosos, á los cuales ha sido más especialmente confiada la misión de víctima, es necesario colocar en el primer lugar á los que pertenecen á los institutos más austeros, destinados á la oración y al sacrificio.

En el cuerpo místico de Jesucristo como en el cuerpo humano hay un doble movimiento, una doble expansión de vida, la una exterior y visible, y la otra interior y oculta. Una y otra tienen por objeto poner la sangre del Redentor, y, por consiguiente su vida divina, en circulación en todo el cuerpo místico de la Iglesia: una y otra tienen su principio en el Sagrado Corazón de Jesús, de donde brotan, como brota un río majestuoso de su fuente. Dos órganos ó canales están estrechamente unidos á esta fuente sagrada, donde se contienen las aguas vivas de la gracia. El uno, visible, es el *cuerpo sacerdotal*, á quien Jesús ha confiado el depósito de su doctrina y de los méritos de su sangre con la misión de transmitirlos á los hombres por la enseñanza evangélica y por la dispensación de los sacramentos. El otro, invisible, son las almas santas que Jesús se une estrechamente por el amor y por el dolor, y de las cuales se sirve como de instrumentos de sus misericordias, sobre todo, en los casos en que, por diversas causas, el ministerio ordinario del sacerdote se hace difícil ó imposible. Porque las funciones de estos apóstoles del amor y del sufrimiento, consisten, sobre todo, en ayudar al ministerio del sacerdote y en suplirle en cierta medida, cuando se halla ausente, es decir, cuando por una razón cualquiera no puede ser ejercido. La Santísima Virgen María está á la cabeza de estos apóstoles del sufrimiento. Y tal es en ella la dignidad de este Apostolado, que ha merecido ser llamada «Reina de los Apóstoles». *Regina Apostolorum*. ¡Ah! Y es que habiéndose formado todo en la Iglesia naciente con sus ejemplos y con sus consejos, María se ofrece en sacrificio por las al-

mas. Cada día inmola para ellas con su ardiente amor sobre el altar de su corazón purísimo una víctima sin mancha, es decir, sus fervorosas oraciones, sus santos trabajos, sus dolores de madre, en una palabra, su sangre y su vida, en unión con su divino Hijo Jesús. ¡Es admirable que por este medio haya concurrido á la salud y á la perfección de tan gran número de almas!

Ahora bien, no tenemos que decirlo: los religiosos y religiosas entregados á los ejercicios de la vida contemplativa en un instituto donde se hace profesión especial de orar y sufrir, realizan en muy alto grado esta misión secreta, confiada á la Madre de Dios, este *apostolado interior* que se une por lazos más íntimos al *apostolado exterior*, ejercido por los sacerdotes. En su clase es donde nuestro Señor se complace en elegir las *víctimas especiales* de que hablaremos pronto, ó quizás cada una de ellas es una víctima escogida.

La ilustre fundadora del Carmelo, la seráfica Teresa, no entendía de otra manera la vida de sacrificio que había abrazado: ella misma decía á sus hijas, viendo los males que desolaban á la Iglesia: «Oh, ¡hijas mías en Jesucristo! Ayudadme á pedir á nuestro Señor que se digne remediar tan gran mal. Para este objeto estamos aquí reunidas: este es el objeto de nuestra vocación: y esto es lo que debemos pedir á Dios sin cesar».—Hacia este objeto y hacia el de la salvación de las almas, quería también que hiciesen converger sus austeridades las jóvenes y las viejas, entregándose, en una palabra, á toda la vida del sacrificio. Y para animarlas en esta senda difícil, marchaba ella misma á su cabeza y se entregaba á todos los sacrificios, repitiendo la frase que había tomado por divisa: «O sufrir ó morir»: *Pati, aut mori.*

CAPÍTULO XX.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LOS DOS CAPÍTULOS
PRECEDENTES.

Acabamos de establecer sobre razones sólidas lo que llamamos la *misión expiatoria* de los institutos religiosos, sobre todo de aquellos en que se hace especialmente profesión de *orar* y de *sufrir*, por la salvación de las almas. De estas consideraciones, que en nuestros días tienen particular oportunidad, creemos deber sacar las conclusiones siguientes:

Primera conclusión.—Habiendo salvado el Hijo de Dios al mundo por la cruz, y queriéndose servir del mismo medio para aplicar su virtud á los hombres, cuanto más se unan en el siglo los cristianos por sus sufrimientos á los sufrimientos de Jesucristo, para salvar á sus hermanos, tanto más habrá en dicho siglo más fundadas esperanzas de salvación. Y como los religiosos y las religiosas han recibido de Dios, según hemos dicho, la *unión especial* de perpetuar en sus personas los sufrimientos y la pasión de Jesucristo, claro es, que cuantos más religiosos y religiosas haya encargados de esta misión y sean más fieles en su cumplimiento, más esperanzas fundadas de salvación habrá para el siglo en que florezcan. Y como estos mismos religiosos y religiosas participan tanto más perfectamente de la misión expiatoria del Hijo de Dios, cuanto pertenecen á los institutos más austeros, donde se hace profesión especial de orar y de sufrir por la salvación de las almas, en el siglo, en el reinado de religiosos y religiosas á que pertenezcan esos institutos fieles á su vocación, habrá más esperanzas fundadas de salvación, de próximo triunfo, y esperanzas de bienes espirituales para la Iglesia.